

A construir la educación que Chile anhela

Estas últimas semanas han sido muy activas, tanto por las movilizaciones sociales como por los eventos propios del mundo político. Ad portas de un segundo semestre donde los estudiantes seguiremos tremadamente activos, se hace necesario un análisis honesto de estos últimos sucesos. Por un lado, la creciente crisis en que se encuentra el oficialismo deja una señal clara: el castigo de la ciudadanía a un gobierno que insiste en la defensa del lucro, el copago, y todas aquellas características de un modelo educativo fracasado y fundado en el endeudamiento, en contrario a quienes la entendemos como un derecho que debe ser garantizado por el estado.

Por otra parte, en la última primaria concertacionista Michelle Bachelet se impuso con claridad. Lo hace incorporando algunas consignas principales del movimiento estudiantil, lo que refuerza que los chilenos quieren transformaciones y se atreven a ver en la política una herramienta para construirlas. Pero ojo: lo hace también escondiendo a más no poder a sus partidos, síntoma inequívoco de que la crisis de representatividad de los actuales partidos políticos está lejos de resolverse.

Aún no es claro si las transformaciones prometidas serán reales o meras "traducciones" de nuestras consignas en los marcos del actual modelo, y no solo por los muchos vacíos y silencios que aún persisten. Que el destino sea uno u otro dependerá de con quiénes se construirán. Sería nocivo persistir en hacerlo con los Brunner, las Armanet, y en general los "expertos" y políticos fuertemente castigados por la ciudadanía, muchas veces con intereses creados en el negocio educativo.

No se trata de cuestionamientos en abstracto, o anclados en una mera "desconfianza". Analizar los propios contenidos de los anuncios que han flotado estas últimas semanas muestra como varios de los anhelos básicos que nos han movilizado no están claros o derechamente se reinterpretan para mal. Existen varios ejemplos.

El permitir el lucro para quienes no reciban fondos públicos, implica desoir una demanda tan básica como el no hacer negocio con nuestros derechos. Lo mismo frente a la gratuidad. No es claro qué se entiende por ella, pues es muy distinto entender la educación como un bien social -financiamiento a la oferta-, a una lógica de becas o impuestos contingentes que comprende la educación como una inversión privada para mejorar el sueldo futuro.

Pero sobre todo, no es claro el cómo la gratuidad así entendida se hace cargo de no terminar simplemente asegurando el flujo de caja de universidades que lucran. La gratuidad no puede concebirse separada de la construcción de una importante oferta pública de educación y de un marco regulatorio serio que garantice que cada peso será invertido en calidad. No estamos pidiendo el mismo modelo educativo pero sin pagar por él: estamos luchando, como dijo Bello, por un sistema cuyo norte sea Chile y las necesidades de su pueblo.

Por otro lado, vemos que el Gobierno insiste en la agenda legislativa heredada por Beyer. No es una sorpresa, su estilo ha sido la sordera frente a los movimientos sociales. Lo que no deja de sorprender es que los mismos que prometen fin al lucro sean incapaces de rechazar una Superintendencia que legitima el lucro, lo mismo con el resto de los proyectos que están en el Congreso.

Como movimiento social sabemos que el segundo semestre puede ser más difícil. Sabemos que habrán más interesados en que el escenario se cierre. Pero entendemos también que nuestra responsabilidad histórica es estar presentes, y por una razón clara: hoy es impensable una reforma educacional que no sea concebida desde sus propios protagonistas, desde quienes a contrapelo de la política formal hemos puesto en cuestión el carácter mercantil de la educación chilena. Sabemos que no basta con declaraciones de buenas intenciones, es momento de decisiones: ¿se construirá con el nuevo Chile o con la vieja guardia de "expertos" en extinción? La decisión queda abierta.